

¿El mismo destino que los trenes?

TEXTO: ROBERTO PLIEGO

Ignoro a qué veleidad o capricho burocrático debemos achacarle su desaparición, desconozco los nombres de quienes hace aproximadamente 10 años decidieron borrarlos del paisaje mexicano y aun a dónde fueron a parar los cientos y cientos de vagones, carros *pullman* y dormitorio desde cuyas ventanas creíamos percibir un tiempo hecho de instantes dilatados y pictóricos. El caso es que los trenes, los trenes de pasajeros, como las buenas cantinas y los libros sin erratas, son ya una especie extinta. Ni para qué preguntar cuándo volverán.

Ahora mismo vuelvo a ingresar a la estación ferroviaria de Amberes. Por la nave mayor corre un zumbido a medio volumen, tan sólido y compacto como los grupos que se distribuyen escaleras arriba o abajo. Sorprenden más el despiste y el nerviosismo de los viajeros que la visión de un chorro humano donde confluyen todas las lenguas, las vestimentas y las culturas del mundo. Esos viajeros son maestros en el arte urbano de desplazarse en medio de una multitud evitando cualquier roce o encuentro físico. Avanzan sin compañía y se diría que tampoco la desean. Nadie permanece a su lado una vez que ocupan su lugar en el andén y nadie les brinda un ritual de despedida mientras se disponen a abordar. He observado las mismas costumbres solitarias en Budapest, Praga, París, Nueva York y Tokio. La escena del viajero siendo arropado y bañado en lágrimas por familiares, amantes y amigos es no sólo una curiosidad cinematográfica sino una señal de complicidad con los aeropuertos, tan diseñados para el melodrama, tan buenos para servir de telón de fondo a los sentimientos que necesitan manifestarse en público. Los aeropuertos atraen a los que no saben ni quieren estar solos. En sus salas de espera o salida, cada aterrizaje o despegue puede convocar a mariachis que entonan "Las golondrinas", cazadores de autógrafos, curiosos, desdichados y bienaventurados. En suma, un montón de acompañantes dispuestos a "estar contigo".

En el hormigueo diligente de las estaciones de tren hay cierta disposición al silencio (el ruido que

flota a nuestro alrededor no es otra cosa que la suma contante y sonante de todos los desplazamientos a los que se entregan los viajeros mientras buscan, verifican o se dirigen al andén de partida), a la concentración y a la defensa de un espacio privado. No sólo resulta raro moverse en compañía sino hasta insatisfactorio. Haciendo a un lado la presencia excepcional de grupos festivos de turistas, no hay duda de que la soledad que experimentan quienes prefieren viajar en tren es más una ventaja que un inconveniente. En muchos sentidos, es la misma a la que aspira el lector en estado ideal: íntima, sosegada y creadora.

Me arriesgo a sonar caprichoso pero no dejo de alentar la sospecha de que la poca estima en la que tenemos a los trenes de pasajeros guarda relación con nuestra tirria por la lectura. Preferimos los aviones de la misma manera que preferimos enchufarnos a una pantalla de cine o a un reproductor de discos. Y desdeñamos los trenes –o lo que ellos brindan: concentración, sensibilidad egoísta– igual que desdeñamos la íntima camaradería de los libros. Cuando leemos nos ponemos de espaldas al mundo exterior y dirigimos la mira hacia nosotros mismos. Pero tenemos tanta necesidad de cantar las virtudes del espíritu colectivo y democrático, tenemos tantas esperanzas puestas en la voz de la mayoría, que juzgamos ese recogimiento con desconfianza. En la extinción de nuestros trenes no vi, hace 10 años, una entrada artera del neoliberalismo contra todo aquello que considera una curiosidad de anticuario. Vi, y sigo viendo, la clausura de uno de los pocos espacios extraordinarios, lejos de casa, que aún nos quedaban para practicar el acto clásico de la lectura. •

ROBERTO PLIEGO

Culiacán, 1961. Escritor, editor y periodista cultural. Su más reciente libro es *Corazón chiva: cien años*, publicado por Planeta.